

PREMIO
CASA DE LA
LITERATURA
PERUANA
2019

CRONWELL

JARA JIMÉNEZ

Vivir para escribir

EL FUEGO DE UN CREADOR

Un acercamiento a la vida y obra del escritor Cronwell Jara Jiménez (Piura, 1949), Premio Casa de la Literatura Peruana 2019.

Las llamas quemaron todo. Las hojas ardiéron al ritmo del kerosene. Los cuentos, novelas, fábulas escritas por Cronwell Jorge Jara Jiménez desaparecieron. Luego de sus primeros años en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, sintió que su obra narrativa no estaba a la altura de los grandes maestros de la literatura como Ernest Hemingway o William Faulkner y decidió renacer de las cenizas dejando todo lo escrito en el fuego. "Me quedé en nervio puro", recuerda.

Muchos años antes de ese suceso, él ya sabía que iba a vivir para escribir. En el barrio de Buenos Aires, en Piura, donde estuvo hasta los cinco años, su abuela Ruperta Calle Carnero, su padre el sargento y enfermero del Ejército: Cronwell Jara Meza, y su madre Carmela Jiménez Calle lo iniciaron en el mundo de los relatos.

"Ellos me hicieron escritor. Contaban historias relacionadas al destino, la vida, la muerte. Eso me formó. Sentí que debía escribir esas historias", evoca Jara Jiménez.

Vivió en Piura, junto con sus padres y hermanos (Carlos y Armando), desde su nacimiento, el 26 de julio de 1949, hasta su partida a Lima. El traumático momento de dejar a su abuela, tíos y primos dio origen al relato "Cabeza de nube y las trampas del destierro" (2006). "Despedirnos, viajar a Lima fue una tragedia. El fin del mundo que anunciaba la abuela", escribe en aquel cuento.

DE PIURA A LIMA

Los primeros meses en Lima, vivió en un callejón de la urbanización Ciudad y Campo, en el Rímac. Ahí su profesora Gloria, la hija del dueño de la casa, le enseñó a leer. Un año después de llegar a la capital, su padre



Retrato de Cronwell Jara a inicios de la década del noventa. Archivo del autor.

"Ellos me hicieron escritor. Contaban historias relacionadas al destino, la vida, la muerte. Eso me formó. Sentí que debía escribir esas historias".

Cronwell Jara Jiménez
Escritor

decidió mudarse a una invasión en el mismo distrito. "Un día nos dice: 'nos vamos a fundar un barrio'. Y aparecimos en Mariscal Castilla", recuerda.

Las primeras lecturas de escritores como Tomás de Iriarte, Esopo, Ciro Alegría, César Vallejo y las ganas de plasmar sus sentimientos en textos literarios lo llevaron, entre los 13 y 14 años, a saber que en el futuro sería escritor. "Quiero ser escritor", le dijo a su padre. "¿Ah, sí?, carajo, yo te voy a apoyar", recibió como respuesta Cronwell Jara.

AÑOS EN SAN MARCOS

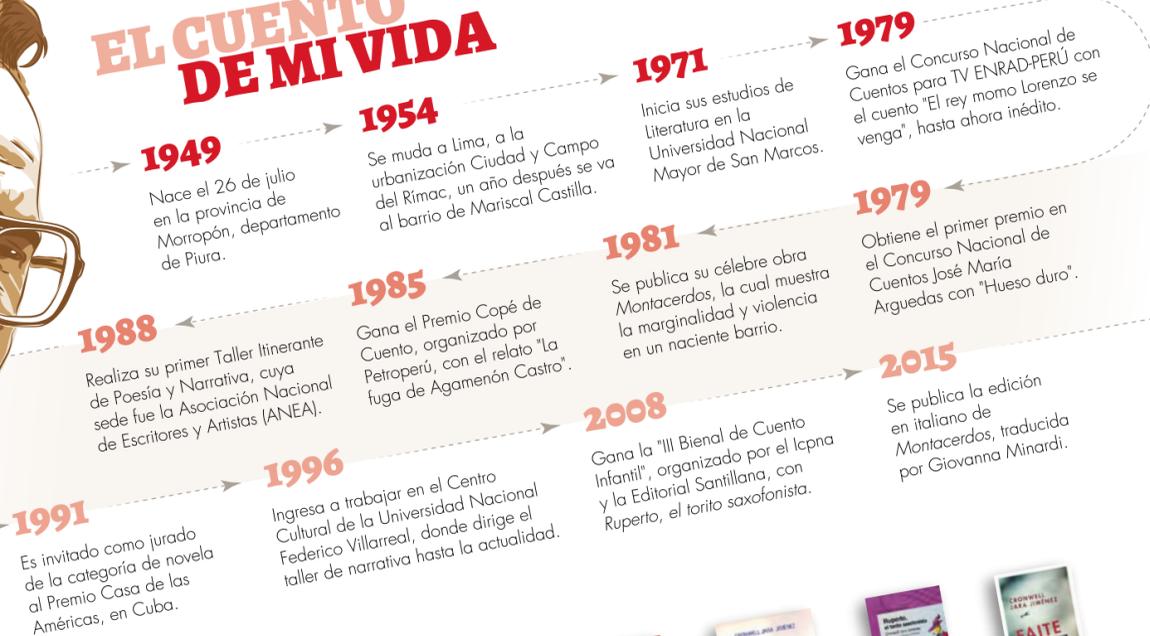
En 1971, ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde estudió Literatura. Ese año, en los juegos florales del ciclo básico, ganó el primer lugar con el relato "El cojo Juan". "Por esa época llegué a tener unos 45 cuentos", le comenta a Roland Forgues en 1983. Esas historias —incluido el cuento premiado— se perdieron en el fuego avivado por kerosene, entre 1972 y 1973. De ellas solo quedaron cenizas. "Entonces (después de quemarlos) me dediqué de lleno a mis estudios", agrega.

Su obra narrativa quedó paralizada, pero su poesía creció. Ingresó al taller dirigido por Hildebrando Pérez Grande y Marco Martos, donde pulió sus versos. Sus primeros poemas publicados en revistas a mediados de los setenta están influenciados por el Siglo de Oro español y la poesía oriental. Algunos de ellos fueron reunidos en el libro de *Colina de los helechos* (1990) y otros quedaron perdidos en las páginas de esas publicaciones.

"Leí poemas suyos en revistas y me pareció que tenía talento. Cuando hice un informe



EL CUENTO DE MI VIDA



PUBLICACIONES



"Lo recuerdo con una sed insaciable de leer libros. Esas lecturas, diálogos y los cursos que tenía le dieron una visión crítica de la literatura y de su propia obra".

Hildebrando Pérez Grande
Poeta

sobre cómo estaba la literatura peruana hacia el año 77, lo incluí en poesía", rememora el crítico Ricardo González Vigil. Ese floreciente talento lo mostraría años después en sus poemarios *Manifiesto del ocio* (2006) y *Academia de la tristeza* (2009).

Mientras su poesía se publicaba, su narrativa se nutría, en silencio, de técnicas literarias y de lecturas que iban desde las crónicas de Bernal Díaz del Castillo hasta las tragedias de William Shakespeare. Pasando por autores como Geoffrey Chaucer, François Rabelais, Franz Kafka, Lewis Carroll, Fiódor Dostoievski, François Villon, Arthur Rimbaud, Conde de Lautréamont, Walt Whitman y más.

"Lo recuerdo con una sed insaciable de leer libros. Esas lecturas, diálogos y los cursos que tenía le dieron un espectro mayor, una visión crítica de la literatura y de su propia obra", evoca el poeta Pérez Grande.

REINICIO

En 1979, Cronwell Jara volvió a escribir narrativa. Una tarde, Américo Mudarra, director de la revista *Lluvia*, le pidió sus cuentos para publicarlos. Jara ya se sentía con las herramientas necesarias para volver a la narrativa y aceptó. Después de unos días le entregó diez páginas de un texto cuyo título era "Yococo". "Muy largo, pero está bueno. Tráeme otro", recuerda que le dijo. Era la primera versión de *Montaceros*.

Luego escribió "Ojo azul, ojo azul", la primera versión de "Hueso duro". "Estaba basada en la historia que me contaba mi abuela —comenta el autor—. Esos cuentos salieron como si ya estuviesen escritos".

—¿*Montaceros* es real?

—Claro. Es tan real como los cerdos que estaban en los alrededores de la acequias, entre los fangos en Mariscal Castilla.



Arriba. Jara Jiménez con polera oscura, al lado de la moto (a la derecha), corriendo una maratón, que ganaría en el barrio Mariscal Castilla, en 1964. Abajo. Al centro, a los 19 años, junto a sus amigos Carlos Custodio (izquierda) y Carlos Carrera (derecha), en Piura. Archivo del autor.



Después de presentarle los dos primeros relatos, Américo Mudarra le pidió un tercer cuento, pero más breve. Ese fue "Dos gallos", el cual se publicó. Posteriormente, le cambió de nombre a "¿Quién mató a Herminio Rojas?" y lo envió junto a "Yococo" al Premio Copé de Cuento 1979. La versión inicial de *Montaceros* no pasó el primer filtro y la historia de Herminio Rojas fue mención honrosa.

Ese mismo año mandó al Premio Nacional José María Arguedas su cuento "Hueso duro" —ya con ese título— y ganó el primer lugar junto con el cineasta Armando Robles Godoy. El jurado estuvo conformado por Antonio Cornejo Polar, Gregorio Martínez y Harry Belevan.

LA DÉCADA DEL 80

Los años ochenta llegan con la publicación de su cuento "Hueso duro" (1980). "Fue un pequeño boom dentro del Patio de Letras", comenta el autor. En 1981, luego de corregir la versión inicial, publicó *Montaceros* en la editorial Lluvia Editores. La obra más emblemática de Cronwell Jara comparte el "año de nacimiento" con dos novelas importantes en nuestra tradición literaria: *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa, y *La vida exagerada de Martín Romaña*, de Alfredo Bryce Echenique. Sin embargo, no pasó desapercibida.

"Su aporte al tema de las barriadas y la marginalidad social es considerable. Sus protagonistas, verdaderos marginados, están retratados 'desde adentro'. [...] Mejor que Ribeyro, Congrains o Arguedas, conoce esa costra urbana", escribió en un artículo Ricardo González Vigil, en 1982.

Luego de terminar *Montaceros*, se volvió a sumergir en el mundo de las barriadas y al compás de las cuerdas de la guitarra de Raúl García Zárate, Cronwell Jara fue escribiendo su primera novela: *Patíbulo para un caballo*. Por cinco años fue su laboratorio de escritura hasta que la cerró en 1985, aunque se publicó en 1989.

En medio de la escritura de su novela, creó el cuento "La fuga de Agamenón Castro", relato que ganó el Premio Copé de Cuento de 1985. La narración retrata la historia de la huida de un hombre tras creerse asesino y formó parte de los cuentos escritos para el libro *Las huellas del puma* (1986), donde se presentan narraciones ambientadas en la sierra de Piura. Entre los jurados de aquel premio estuvieron Abelardo Oquendo, Estuardo Núñez y Ricardo González Vigil.

GENERACIÓN

Cronwell Jara es el hermano mayor de la generación literaria del 80. Su primer libro



Izquierda. Junto al crítico literario Américo Mudarra y al poeta Hildebrando Pérez Grande, en 1999. Archivo del autor. Derecha. En la primera fila (camisa blanca y verde) junto a estudiantes de su taller de narrativa en la Universidad de Lima, en 1996. Archivo del autor.

se publicó cuando ya había cruzado los 30 años. Eso no lo alejó de los autores más jóvenes. "Era el único escritor publicado con el que podíamos tomar una cerveza", comenta Mario Suárez Simich.

En San Marcos hizo amistad con Mario Choy, Siu Kam Wen, Pilar Dughi; a su grupo se fueron sumando escritores como Mario Suárez Simich, Jorge Valenzuela, Dante Castro, Mariella Sala, Aída Baltá, Mario Bellatin, entre otros. Todos ellos comenzaron a reunirse en diferentes casas para discutir sobre las técnicas literarias y sus cuentos. "Las preguntas técnicas en ese momento las absolvía él, además, tenía vocación de profesor", apunta Suárez Simich.

Muchas veces se amanecían al quedar atrapados por los toque de queda. "Cada uno tenía un mundo propio. Nos unía las ganas de escribir, de hacer libros, de publicar", recuerda Cronwell Jara.

—¿Por qué decidió dictar talleres?

—No quise trabajar en San Marcos porque era tímido. Eso no hizo que me fuera a morir de hambre. Trabajé en el Instituto Nacional de Cultura (INC) y luego hice guiones. Después empecé a dictar talleres en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA) y me pagaban bien. Como era premiado del Copé, la gente asistía a mis talleres y me compraban mis libros. En ese tiempo no habían otros en Lima.

La vocación y la necesidad lo llevaron a trabajar en los talleres de cuento. En 1988, comenzó oficialmente en la ANEA. Ese fue el inicio de un viaje por todo el país. En una entrevista, en 2001, en el suplemento "Domingo" de *La República*, contó que había realizado más de 300 talleres en todo el Perú. Y estos siguen vigentes.



"Su aporte al tema de las barriadas y la marginalidad social es considerable. Sus protagonistas están retratados desde adentro".

Ricardo González Vigil
Crítico

PRESENTE

Su talento con la escritura le ha permitido perfeccionar las técnicas y las herramientas literarias. Ha usado su pluma no solo en narrativa y poesía, también en guiones de cine y teatro, además de ensayos en torno al cuento. Lleva más de veinte libros publicados.

Ahora, en un rincón del Centro Cultural de la Universidad Nacional Federico Villareal, Cronwell Jara teclea las correcciones de su próxima novela ambientada en los años que pasó en el Patio de Letras de la Universidad de San Marcos. Aprovecha cada instante mientras no tiene talleres o viajes para retocar su novela. "Yo escribo a partir de una nostalgia que me duele", explica.

Este año, cuando cumpla 70 años, tendrá que dejar su puesto como tallerista de narrativa en el Centro Cultural, a donde ingresó en 1996. Al igual que con otros trabajos, se cerrará ese ciclo, pero continuará con su taller itinerante y, sobre todo, seguirá escribiendo. Él nació para escribir.





Yococo fue el centro del espectáculo en la mañana que nos aguitó ahí mismo. Las calles despertaban bostezando debajo del fango.

Aparecieron un montón de hombrécitos que le tocaban despacito por ver si era de verdad, si era humano. ¿Cómo era que Yococo podía vivir teniendo tanta llaga deshaciéndole la cabeza?



Yococo les mostró una caja y aparecieron seis alacranes vivos y cuatro cucarachas muertas. Metió la mano a un bolsillo y sacó dos pericotes, uno muerto y el otro medio muriéndose.

Yococo le arrebató a uno de los hombrécitos un tomate, me lo dio y lo empecé a lamer y desbrozar con placer.



Lo creerían un muerto. Un muerto vivo. Un muerto vivo pudriéndose. Un inmortal.

Nos llamó a casa y la seguimos. También nos siguió el montón de hombrécitos.

**¡FUERA!
¡LARGO!**



Mamá apareció y nos trajo algo que nunca habíamos saboreado. Una olla chata llena de leche, humeante y aromosa.



Apareció una mujer delgada y oscura con una tabla en la mano y los echó.

Mamá Griselda encendió una hoguera y desapareció el mundo alrededor de la candela.



Yococo había robado unos choclos ya dientones y olorosos. Antes, había cazado dos cuyes tal como mamá le había enseñado.



Esa noche comimos cuyes y choclos fritos, y ya no iba a vomitar. Lo hacía cuando mamá me forzaba a comer cucarachas fritas.



Después supe que la otra gente tenía asco y que no los comían porque las llaman ratas.



Esa misma noche llegaron a nuestra choza seis policías sobre seis caballos.



Sargento Limachi, baje y vaya a ver. Y traiga a puntapiés a ese mocoso...



Espieron la cueva nuestra, temblaba el arma con borrachera ajena, lista a disparar.

No, mi alfe, puaquí nuay. Por otro lao habrase iu.

Hijo de puta, bala en el culo si lo vemos.



Yéndose ya, los alcanzó la voz de un hombre e hizo detener las bestias.

Mire, mi alférez, esa que ve es mi casa. Es que esos locos nos han invadido.

Lárguelos, pues.



Ya verán si no saco a estos puercos.

Por esos días los chibolos reían porque Yococo sabía atrapar moscas al vuelo con la boca. Y porque de su boca, al abrirla, salían vivitas, volando. Entre tanto, su llaga empezaba a crecerle.



Sabía Yococo meter zancadillas y tenía más fuerza que el hombrecito más recio. Sabía montar cerdos entre los fangales y excrementos de la acequia. La dueña de uno de ellos se exaltaba.

Los montaba y los hacía correr espantados como pueden correr los burros enloquecidos cuando se les jala el pelo del rabo. ¡Ay de ti si me revientas el cerdo! ¡Ay de ti, Yococo!

Celedunio, así llamó Yococo al cerdo enfermo, cuya dueña lo había arrojado. Ambos habían sido viejos camaradas aunque sin conocerse.



Fue cuando entonces nos visitaron tres hombres altos como escaleras. Estábamos invadiendo una zona prohibida.

Por ese entonces empezó a vérsese a Yococo cada vez más tembloroso, hueso y pálido porque la herida empezó a crecer.



Esta es la manada de locos, señor presidente, véalos usted.

Se me largan de aquí, ¡ya! Tiene solo una semana de plazo.



Feliz Yococo el domingo cuando sacó su trompeta y sobre el cerdo Celedunio se puso a seguir la procesión de la Virgen de Santa Cecilia, patrona de los músicos.

Pero cuando nos incendiaron la choza se nos hizo tierra la boca.

Amanecemos detrás de un quiosco de madera. Levantamos la casa en un cerrar de ojos. A oscuras, cuando nadie nos veía y no podría molestarnos. Pero ahí hacía mucho frío y los ojos de las ratas me daban miedo.

Mamá Griselda a veces escuchaba un silbido y salía sigilosa, sola.

Y sufría mamá Griselda por la mala destreza de no saber curarle a Yococo. Le limpiaba herida por herida con orines tibios del mismo Yococo.

Pero la cosa iba cada vez peor porque Yococo se quedaba mudo. Sonámbulo en cualquier lugar. Que daba ya apariencia de difunto.

Íbamos entonces mamá Griselda y yo por los basurales a buscar fierros y vidrios para venderlos y comprar medicamentos para Yococo.





Pobre Yococo. Lo encontraron un día sobre el pacaé. Parecía un ánima en pena. Yococo trinaba su clarinete como pájaro.



Endilgamos a la casa de la presidenta del club de madres.



Casi felices, casi con pena, dejamos nuestra madriguera. Nos dio un rincón al fondo de su casa de adobe. Para mí como que llegaba a descubrir un palacio.



Un día creí que a mamá la estaban queriendo matar. Don Eustaquio le forzaba la falda, la levantaba en vilo y la llevaba hacia la cama.



Vi cómo hecho un toro enfurecido don Eustaquio se hundía sobre ella. Me fui al techo. Allí arriba me sentía una paloma. El techo era un lugar muy agradable para mí.



Vi a Yococo, Lolo y Pablo persiguiendo a pedradas a las ratas y cabalgando cerdos. El último en llegar le mete la mano al cura de la parroquia.

Te crucifico, Judas, Barrabás.



Allí arriba, en el techo, por primera vez escupí y vomité sangre. No sabía por qué. Era como si tuviera abejas con un panal removido.





MUNDOS NARRATIVOS

La obra narrativa de Cronwell Jara Jiménez destaca por la capacidad para retratar una realidad cruda y por presentar múltiples registros temáticos. Su universo creativo no se ha limitado al lado urbano y marginal del célebre *Montaceros*, tampoco se ha quedado en los relatos de la sierra de Piura de *Las huellas del puma* o la tradición afroperuana en los cuentos de *Babá Osáim*.

La diversidad narrativa ha dado lugar a cuentos tan diferentes como el fantástico e impresionante *Agnus Dei*, donde se relata la historia de un profesor y su esposa embarazada que son atormentados por un dios prehispánico; o el poético y mítico *Intika*, en el que Jara Jiménez narra en un poema-cuento la creación del lago Titicaca.

¡Y en vez de pampas habían ya nacido como un Gran Huevo de Agua, el lago Titicaca!

¡Y de las grandes montañas sólo se veían islas! Y de las grandes y secas pampas: ¡remolinos y olas!
(Fragmento de *Intika*)

ESTILO

No solo *Intika* presenta una belleza poética, sino que ese es el tono de gran parte de su narrativa. Por otro lado, en su novela *Faite* relata la marginalidad a través de la vida de un delincuente-filósofo desde la mirada de su sobrino Apolinario.

Un ligero temblor. Una angustia sorda y un manto oscuro de nada se impregnaron en el aire fofo y descalabró mi ánimo. Me hicieron repensar en mi muerte y en la muerte de todos, los que me cercaban, los cerdos, los gallos, los cuyes. Y en la muerte de Faite.
(Fragmento de *Faite*)

Continúa en la pág. 17 ▶

Cronwell Jara en el barrio de Mariscal Castilla, el cual lo inspiró para escribir su obra *Montaceros* (1981). Foto: Handrez García.





Encuentro de narradores en el hotel El Pueblo, en 1989. Abajo: Percy Pereira, Enrique Rosas Paravicino, Óscar Araujo, Cronwell Jara, Pilar Dughi y Mariella Sala. Arriba: Mario Choy, Mario Suárez Simich, Mario Bellatin, Jorge Valenzuela, Guillermo Niño de Guzmán, Dante Castro, Luis Nieto Degregori. Archivo del autor.

Unas cervezas por Cronwell

Por: Mario Suárez Simich

Cronwell Jara es de aquellos buenos amigos que uno siente conocer de toda la vida, con los que es necesario hacer un ejercicio de memoria para recordar el momento preciso en el que iniciamos nuestra amistad, aunque ese ejercicio resulte impreciso y fallido. Por eso, cuando tengo que contar la historia de cómo nos conocimos, me remonto al inicio de la década de los 80 del siglo pasado, a las aulas del programa de Literatura en San Marcos y al viejo y ahora encerado Patio de Letras. Los que fuimos cachimbos en esos años tuvimos la suerte de tener como profesores a la flor y nata de los escritores y críticos peruanos, sin abundar en nombres ni talentos: Antonio Cornejo Polar y Luis Fernando Vidal. Muchos de nosotros aspirábamos a ser narradores y empezábamos a escribir nuestros primeros textos. En esos días, salvo nuestros profesores, el único escritor con el que podíamos tomarnos una cerveza era con Cronwell. Tal vez así empezó nuestra amistad:

"... un escritor fundamental para la narrativa peruana al que el 'canon oficial' ha intentado silenciar...".

tomando una cerveza en alguno de los bares cercanos a la ciudad universitaria mientras continuábamos la conversación sobre narrativa iniciada en el Patio de Letras o de lo difícil que era publicar en esos años. Durante esas reuniones se cimentó además una relación de afinidad con Jorge Valenzuela, Dante Castro y otros narradores de la generación del 80. Cronwell hizo de bisagra y sirvió de puente para que conocié-

ramos a Siu Kam Wen, Pilar Dughi, Aída Balta y Mario Choy, "los mayores" de la generación. Comenzó así una serie de periódicas reuniones en las cuales discutíamos sobre técnicas, autores preferidos, pequeños talleres y textos al alimón después de una buena cena y sus respectivos tragos. Jara fue siempre generoso con los que recién escribíamos nuestros primeros relatos. Compartió con nosotros lo mucho que ya sabía entonces, siempre dispuesto a darnos para ofrecer su opinión y consejo. Contaba, con pasión, los avances de la que sería su primera novela, *Patíbulo para un caballo*, o las anécdotas que le motivaban a escribir un cuento o un relato.

Más de treinta años después de esas largas y sazonadas noches de tertulia, con una obra sólida, un estilo propio, de afilado y ágil dominio del lenguaje, y un universo singular, Cronwell Jara, ese viejo y querido amigo, recibe de la Casa de la Literatura, un merecido premio por su obra. Nada me alegra tanto como que se haga en parte justicia a un escritor fundamental para la narrativa peruana, al que el "canon oficial" ha intentado silenciar porque no ha encontrado argumentos para criticar sus textos. Nada me alegra más que el escritor piurano de "Hueso duro" y *Montacerdos*, del que me hice amigo en un bar tomando unas cervezas, obtenga el más justo de los reconocimientos. ¡Salud por eso, maestro!

Su trabajo con el lenguaje llega a ser impresionista. En su novela *Patíbulo para un caballo* narra el cerco al creciente barrio Montacerdos. Todo contado desde la inocente mirada de Maruja.

Lo hallaron con una soga al cuello, la lengua afuera, amoratado el rostro, en sangre la nariz y las órbitas de los ojos, y con una putrefacción que se le adelantaba; era el Cholo Mostajo.
(Fragmento de *Patíbulo para un caballo*)

La narración desde la voz infantil de una realidad cruenta no solo es usada en *Patíbulo para un caballo* o *Faite*, sino que Cronwell Jara lo evidencia en varios relatos de su obra. Este artificio narrativo le permite mostrar un acontecimiento más puro gracias a los ojos de un inocente, como en "Hueso duro".

[C]avándole el puñal en la espalda antes que Celedonio, mi padre pudiera reaccionar y defenderse.
(Fragmento de "Hueso duro").

NARRACIÓN ORAL

El aliento poético de su obra bebe de la narración oral. En los relatos trabajados en *Las huellas del puma*, como "El milagrero" o "El perro, el amo y la horca", se observa la preocupación estilística para captar el habla piurana en sus narraciones; muchos de esos cuentos fueron escuchados de su abuela Ruperta Calle Carnero y de su madre Carmela Jiménez Calle.

No, la puritita verdá es ésta, mi amo; ¿diga, don Pedro?

Con sogas, palos, el gobernador y dos decuriones seguidos por el Azotadiablos, el cura de la iglesia de Morropón, llegaron un mal día con el sol que los sancochaba a la choza de este buen cristiano, don Pedro Cruz, aquí pa servirles. Antes bían cruzau, renegando, pateando y apaleando, un enorme rebaño de chivos, cabras y algunos asnos.
(Fragmento de "El milagrero")

El escritor demuestra a través de sus obras un gran despliegue y conocimiento de las técnicas literarias. El universo narrativo de Cronwell Jara —en su conjunto— lo reafirma actualmente como uno de los más versátiles narradores en nuestro país.



Foto: Handrez García

Maestro Cronwell

Por: Sergio Galarza

No estaba muerto, andaba dictando talleres. Algo así pensé el día que conocí a Cronwell Jara, autor al que había leído en la antología *En el camino* que guardaba en la biblioteca de mis viejos. Lo admiraba por *Montacerdos* y dicha admiración creció con *Agnus Dei*, *Las huellas del puma* y *Patíbulo para un caballo*, obras que leí en ese orden. Nuestro primer encuentro sucedió en la Universidad de Lima, en el aula del Taller de Narrativa, una iniciativa del "Diablo" Zamalloa. Cronwell fue claro desde el comienzo. ¿Yo quería ser escritor o qué? Todos los estudiantes eran bienvenidos a su taller, pero él quería saber quiénes estaban dispuestos a escribir antes que a estudiar. Nunca lo planteó de esa manera y quizás yo malinterpreté el desafío. Sin embargo, no me importa el equívoco. La escritura demanda tiempo

"Ah, querido maestro, [...] cuánta razón tenías ya, porque escribir es una maratón eterna".

y paciencia, porque las frustraciones pueden ser hondas y la autoestima cae por un pozo de amargura del que es difícil rescatarla con las palabras. Esas mismas que uno, a veces, no sabe juntar para construir una ficción sólida que sirva para defender nuestra verdad. Cronwell, como el buen maestro que es, noble y dedicado, siempre advirtió a los aspirantes a escritor de este peligro. Él sabía lo que nos jugábamos, conocía ese dolor, pero a su vez nos alentaba a leer y a escribir como drogadictos del lenguaje porque también había disfrutado del reconocimiento, uno que lo ha convertido en un autor de culto para una mancha de escritores jóvenes en Chile, donde se fundó una editorial en homenaje a *Montacerdos*.

El director de un taller debe ser un escritor abierto a las voces que los talleristas pro-

pongan. Si yo llegaba al aula con un libro de Fuguet él me pedía que relejera a Reynoso. Si le llevaba *Héroes* de Loriga sacaba *Las tribulaciones del joven Törless* y me rogaba que leyera una página que había señalado o recordaba de memoria. *El Simplón guiña el ojo al Fréjus* y *Hoy no morirán cerdos* eran dos novelas que citaba a menudo. La literatura tenía que ser desgarrar el corazón del lector y eso era lo que hacían aquellos libros que he vuelto a comprar un par de décadas más tarde. ¿Cómo olvidar los Jueves Literarios que gestionó en la universidad! En un pequeño salón nos reuníamos los talleristas para leer junto a escritores invitados a las siete de la noche. Las semanas previas Cronwell seleccionaba a los que leerían y los ayudaba a afinar sus cuentos. Para crear un ambiente íntimo apagaba las luces y forraba un foco montado en una especie de trípode con papel celofán. Una noche el papel celofán empezó a arder. El público se asustó por el mini incendio. Para calmarnos, a Cronwell no se le ocurrió otra cosa más que gritar: "¡Es el fuego de la creación!".

Esa chispa de literato educado en San Marcos y criado antes en el Rímac siempre salía a relucir. "¡Comparito!", era su saludo. Si te veía bajo de ánimo te ofrecía la complicidad del amigo y las chelas del confesor. Ah, querido maestro, ha pasado tanto tiempo desde aquellos años de dudas y cuánta razón tenías ya, porque escribir es una maratón eterna. Ahí está la nueva edición de *Montacerdos* en mi biblioteca, esperando el día que nos volvamos a ver para que me lo dediques. Nadie como tú ha cavado tan profundo en la miseria de nuestro país y nadie nos ha mostrado en toda su magnitud el horror que queremos ignorar a diario. Salud, por los libros que vendrán.



En su espacio de creación en el Centro Cultural de la Universidad Nacional Federico Villarreal, donde lleva más de 20 años enseñando. Foto: Handrez García.

DECÁLOGO PARA UN APRENDIZ DEL CUENTO

1. Sé libre, sé tú. Reflexiona: el buen cuento nace por lo general debido a tres causas esenciales: un gran sentimiento, una profunda motivación y de la visión de un cuento ya preestablecido en la imaginación (está en tu memoria y sólo falta escribirlo). Si tienes claros estos tres aspectos es posible que logres un gran cuento.

2. Elige. Hay muchas formas de iniciar un cuento: I. Describiendo un lugar común, extraño o particular. II. Reflexionando en términos conflictivos y trascendentes. III. Con una acción dramática conmovedora; todas ellas son válidas, pero la primera tiende a ser monótona, la segunda podría ser muy buena y la tercera podría ser efectista pero extraordinaria. Elige de ellas tres, lo que tu corazón te pida, sólo evita la monotonía, puesto que el cuento busca, a la vez que entretener o divertir, deslumbrar, fascinar, conmovir al lector.

3. Cuida esta fórmula de oro: escribe el hecho fantástico o maravilloso como si fuese la cosa más natural y sencilla, y el hecho trivial y sencillo como si fuese fascinante, absurdo, fantástico o excepcional.

4. Apasionate por el oficio del cuento y trata de aplicar todos tus sentidos en su confección. Pero no te obsesiones en retratar los hechos de la realidad visual y aparente como si ella fuese el fin supremo; sólo sostén esos hechos como un buen pretexto para profundizar en las historias absurdas, insólitas, maravillosas y dignas de ser consideradas extraordinarias: con ello abarcarás dimensiones de mayor peso, profundidad y trascendencia que la simple, plana y superficial descripción del retrato epidérmico de lo real.

5. Aprende a dejar libre tu imaginación. Cuando escribas, trata de dar rienda suelta

Por: Cronwell Jara Jiménez

Edición del texto original, publicada en *Montacerdos* (Ed. San Marcos, 2006).

a tu *improntu*, esa tu natural vehemencia y tu equilibrado desenfreno estético en el instante de volcar la imaginación. Piensa: quien no arriesga con el desborde de la imaginación difícilmente logrará un buen cuento. Entonces, desbórdate, trata de ir más allá, arriésgate y empéñate en decir algo nuevo, distinto al tono y al modo con que los otros dicen lo suyo.

6. Reflexiona y decide: la palabra es sólo un puente de comunicación, una herramienta del idioma para escribir y crear una historia; trata de no lucirlas tanto que se conviertan en un puente de oro, ni que, por lo mismo, con su brillo y lucimiento distraigan tanto más al lector que los verdaderos sufridos personajes del cuento. Es el personaje quien debe lucirse y no la palabra. Salvo que, por excepción y de modo intencional y estratégico, la palabra sea la real protagonista.

"La palabra es sólo un puente de comunicación, una herramienta del idioma para escribir y crear una historia".

7. Evita en lo posible la dadivosa proliferación de descripciones de lugares, y si no puedes evitarlas, sugiérelas. Porque ellas en el fondo son digresiones, restan fuerza y vibración a la inmensa y compleja humanidad del personaje, neutralizan la tensión dramática y distraen la verdadera esencia de un cuento: conmovir de modo obsesivo e inmediato al lector, a través de los incidentes, peripecias, conflictos y acciones dramáticas.

8. Mantente al margen. Nunca te apiades y menos te involucres en las desgracias que les ocurren a los personajes: como en los casos de *Edipo rey* o de Job, el de la Biblia. Llévalo tal como se comporta muchas veces el destino, obligando al personaje a ir hacia el linchamiento o a la horca, a su inexorable fin o a la inefable gloria. Claro que en su camino caben la chanza, el festejo, la ironía, el amor, la meditación filosófica, la piedad, la carnalización de la vida; todo de paso, mientras el personaje avanza no necesariamente a su muerte, pero sí a un fin complejo o ambiguo.

9. Iniciado el cuento y apenas "planteado el problema", en base a la técnica de *in medias res*, desarróllalo enseguida con esta obsesiva y aritmética preocupación: gradúa cada acción, y jamás dejes de hablar de "ese problema básico", que ya has planteado en el inicio, hasta que concluya el cuento. Es el modo más óptimo para otorgarle un tono emocional; es decir, la grata armonía y el sentido de unidad (entre el todo y sus elementos) que precisa todo buen cuento.

10. Así como es un arte saber iniciar un cuento, también es un arte saber acabarlo: aplicando tu mejor experiencia, lo mejor de tu talento (como diría Cervantes); y donde cierres la historia del modo ideal: aplicando el remate deslumbrante, la acción o la idea ingeniosa que implique una natural sorpresa para el lector, es la característica del cuento desde sus orígenes en los grandes escritores; por lo tanto: jamás le hagas caso a aquellos que dicen que "sorprender" al finalizar un cuento no es importante (lo dicen para justificar su escaso talento y su falta de ingenio).

Despeditos, viajar a Lima fue una tragedia. El fin del mundo que anunciaba la abuela. El naufragio del Arca en un mar de candela. Sólo consolaba a Cabeza de Lapa y a Alí aquel encuentro con las alas de cóndor grande que el sargento Primero cabeza de nube había prometido. Pero dolía.

Un cambio doloroso de piel, la piel del alma, donde más duele. Desprendernos de raíz, abrirnos en herida. ¿Para qué rebanar más el aguijón, ese veneno?

Dejábamos la familia, los amigos, ¡todo! [...] Pero, ¿lo dejamos todo? No. ¡Lo perdimos todo! Fue como perder la vida y el alma para volverlas a rehacer. ¿Se puede? ¡No sé! Pero de repente algo moría o algo quedaba muerto. Y nos vimos como si nos descubriéramos, por primera vez, difuntos sin haber fallecido. ¿Difuntos? Pues sí, ¡porque acabábamos de morir para volver a la vida en otros rumbos! En un mundo distinto, con otras costumbres, otro paisaje y otras batallas. Donde sólo vale ganar. Donde no se valora otra cosa que el dinero. La ropa que vistes, la forma en que hablas. Era una burla hablar como piurano. Como Cabeza de Lapa hablaba ahora mucho del pez cachema, su apodo también cambió, le empezaron a decir Cachema. ¡El chée, gúaáa!

Fragmento de *Cabeza de nube y las trampas del destierro* (2006)

Premio Casa de la Literatura Peruana

© Programa Educación Básica Para Todos, para su sello Casa de la Literatura Peruana • Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima
• +51.1.426.2573 • publicaciones.casaliteratura@gmail.com • www.casadelaliteratura.gob.pe

Primera edición, abril de 2019

Tiraje: 5000 ejemplares

Directora: Milagritos Saldarriaga Feijóo • **Edición de textos:** Jaime Cabrera Junco • **Investigación y redacción de textos:** Ricardo Flores Sarmiento
• **Corrección de estilo:** Sandro Castillo Claudio • **Diseño y diagramación:** Pershing Roncal Saavedra • **Foto de portada:** Handrez García

Agradecimientos: Carlos Jara Martínez, Mario Suárez Simich, Sergio Galarza, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar, Cronwell Jara Jiménez.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-04969. Impreso en Creacolor S.A.C., calle Mochicas N.º 136, Urb. Tahuantinsuyo, Independencia, Lima, Perú. Impreso en abril de 2019.

Esta edición es una publicación del Premio de la Casa de la Literatura Peruana 2019. Su distribución es gratuita.

Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima

📍 www.casadelaliteratura.gob.pe

✉ casaliteratura@gmail.com

☎ +51.1.426.2573

📘 Casa de la Literatura Peruana

📱 @casaliteratura

📺 @casaliteratura



PERÚ

Ministerio de Educación